

Juventudes, géneros y sexos. Resituando categorías

Dra. Maritza Urteaga Castro Pozo
Profesora-Investigadora
E-mail: maritzaurteaga@hotmail.com
Mtro. Mauricio Sáenz Ramírez
Estudiante del Posgrado en Antropología Social
E-mail: meurigthefool@yahoo.com
Especialidad en Antropología de la juventud
Posgrado en Antropología Social
Escuela Nacional de Antropología e Historia

[Recibido: Enero 12, 2011, Aceptado: Febrero 22, 2012](#)

Resumen

Desde el campo de estudios de lo juvenil, la problematización de la relación juventud/género/cuerpo/sexo es actualmente insuficiente para entender los cambios que en estos ámbitos diversos actores juveniles estarían protagonizando y estructurando a través de sus prácticas sociales, culturales y sexuales. Este texto quiere contribuir a la construcción de otra articulación teórica a esta relación a la luz de un replanteamiento del *actor juvenil* desde posiciones de agenciamiento, priorizando las preguntas de cómo los jóvenes perciben estas nuevas realidades y significados sobre el género y de qué maneras estas reconfiguraciones participan en la estructuración de la condición juvenil contemporánea.
Palabras clave: jóvenes mexicanos, géneros, cuerpos, sexos.

[Relationship youth, gender, body and sex.
Relocating categories](#)

Abstract

From the field of youth studies, the problematization of the relationship youth / gender / body / sex is currently insufficient to understand the changes that in these areas many young actors would be starring and structuring through social, cultural and sexual practices. This paper aims to contribute to the construction of another theoretical articulation of this relationship in light of a reconsideration of the juvenile actor from a position of agency, giving priority to questions about how young people perceive these new realities and meanings about gender and how these reconfigurations are involved in the structuring of the contemporary youth condition.
Keywords: mexican youth, genders, bodies, sexes.

Introducción

Más de tres décadas de cambios constantes –nacionales tanto como globales– en las áreas económica, tecnológica, social, demográfica y cultural, han gestado transformaciones en las dimensiones y las fronteras que abarcan lo público, lo privado y lo íntimo, particularmente en las vidas de los y las jóvenes. El género es uno de los estructuradores más poderosos en la conformación de la juventud, de ahí que en este texto nos preguntemos por los cambios que en este ámbito diversos actores juveniles

podrían estar protagonizando y estructurando a través de sus prácticas sociales, culturales y sexuales. También, por cómo los/as jóvenes perciben estas nuevas realidades y significados sobre el género y de qué maneras estas reconfiguraciones participan en la estructuración de la condición juvenil contemporánea. Pero, principalmente, nos preguntamos por cómo articular teóricamente género, sexo y juventud para volver factibles la observación y el análisis de los cambios protagonizados por diversos sujetos juveniles.

Gran parte del análisis social latinoamericano nos tiene acostumbrados a tratar al género cómo si se tratara de un proceso autónomo que se explica por sí mismo —y por tanto, al objeto/actor que se investiga—; o a usarlo como un gran escenario que estaría condicionando las prácticas genéricas y sexuales de los actores juveniles. Planteamos que estas formas de tratar las relaciones de la juventud con el género y el sexo, obstaculizan las maneras de aproximarnos a los actores juveniles contemporáneos, al no considerar al género como un eje de problematización teórica de las heterogéneas maneras de ser joven en el México contemporáneo. Por ello proponemos un conjunto de herramientas conceptuales, con base en las discusiones más recientes sobre juventud, género, sexo y cuerpo, que ayuden a comprender las prácticas y representaciones socioculturales juveniles en torno a estas categorías y las maneras cómo éstas podrían estar estructurando la condición juvenil contemporánea. Deseamos contribuir a la construcción de otro acercamiento a la relación género y juventud, a la luz de un replanteamiento sobre el *actor juvenil* desde posiciones de agenciamiento.

Juventud y género no son categorías neutras, conforman tipos específicos de diversidades y desigualdades producto de relaciones sociales y de poder históricamente constituidas en cada país y región; y son usadas como herramientas para regular y normar asimétricamente las relaciones humanas. Son construcciones culturales que refuerzan la creación de jerarquías de poder, asignaciones de *status* o diferencias de ingresos que a través de complejos sistemas de diferenciación y distinción, parecen justificar constantemente la subordinación y marginalidad de unas o unos con respecto a otros. Las categorías de género y juventud poseen diferentes ámbitos de análisis: uno micro social (vinculado a aspectos individuales), uno relacional o interaccional (relacionado con la producción de estas desigualdades y asimetrías en diversos campos de la interacción social) y uno estructural (más holístico, ubicado en las estructuras de posiciones y mecanismos más amplios de distribución de los beneficios y las cargas). Por tanto, cuando abordamos estas categorías, de manera conjunta o separada, es importante retener y tomar en cuenta la interconexión o imbricación entre los diferentes ámbitos; asunto crucial en lo que refiere al estudio de lo juvenil y del espacio juvenil en particular.

Este texto propone tratar las relaciones entre juventud y género en la sociedad contemporánea mexicana, como líneas que se intersectan en *zonas transfronterizas*, [1] conformando entramados múltiples con otras líneas como sexo, cuerpo, clase, etnia, urbano, rural, región, global, migración, generación, nacionalidad, política, vestido, gustos musicales, etcétera, las cuales complejizan aún más el análisis de lo juvenil contemporáneo. Tanto el género como la juventud pueden ser vistos como nudos focales en los que se entrecruzan determinados contextos históricos particulares, que desde lo público hasta lo íntimo, y desde lo global, hasta lo regional y lo local, acaban produciendo, vía el agente juvenil determinadas *zonas fronterizas*, espacios no transicionales, sino sitios de producción creativa, “porosos” por la heterogeneidad, movilidad y/o novedad de sus *actores*¹.

El texto está dividido en tres partes. Primero, penetramos el constructo juventud, explicando cómo fue construido en términos históricos y epistémicos desde finales del

¹ Actores que son construidos actualmente tanto por los sistemas institucionales tradicionales, los medios y las nuevas tecnologías, así como por las culturas generacionales que participan en ello, saturando de desigualdad, poder y dominación estas zonas.

siglo XVIII para señalar el obstáculo epistémicos que hoy esas plataformas nos plantean en la interpretación y explicación del sujeto juvenil contemporáneo, y proponemos una nueva aproximación desde la perspectiva estructuracionista del agenciamiento del sujeto. En la segunda, tratamos la relación juventud, ritos y cuerpos desde la antropología clásica, para luego introducir el tema de los cuerpos *generizados* en donde replanteamos esta relación desde la perspectiva de los actores juveniles. La tercera, discute algunas nuevas corrientes en el estudio del género y de la relación género y juventud, luego introduce el constructo *sexo*, –el cual separado en la actualidad del género– plantea nuevos retos intelectuales para investigar las “zonas fronterizas” de construcción juvenil contemporánea.

1. Juventud/juventudes

Las nociones de “joven” y “juventud” son relativamente recientes. En México, como en otros países latinoamericanos, el proceso de constitución del sujeto joven tiene poco más de un siglo. La idea que hoy tenemos de juventud no siempre ha sido la misma. Más bien, ésta se ha conformado a través del tiempo, en contextos concretos donde se gestaron las *condiciones sociales* que permitieron el surgimiento de una realidad empírica diferenciada de la niñez y la adultez. La idea de sujeto joven, también se ha ido integrando mediante *imágenes* y *representaciones sociales* construidas tanto desde la sociedad adulta como desde los propios jóvenes. Entre las representaciones sobre los jóvenes que juegan un papel significativo en su constitución, se encuentran aquellas provenientes de las teorías occidentales que –vía conceptos y categorizaciones– intentan explicar el surgimiento y discurrir de esta nueva realidad; así como aquellas provenientes de las idealizaciones –esperanzas, temores– que las sociedades nacionales a través de sus instituciones modernas proyectan sobre sus jóvenes en cada momento histórico.

El conocimiento científico sobre los jóvenes es uno de los escenarios más importantes en la construcción de lo juvenil. Los tipos de conocimiento sobre los jóvenes han dependido de las plataformas epistémicas utilizadas para observar y representar fenómenos efímeros y mutables en el tiempo, y han intentado incorporar los contextos sociohistóricos de emergencia o desenvolvimiento del mismo. Si bien el conocimiento intelectual es un producto histórico; la circulación de *los conceptos* tiende a hacerse parte del conocimiento de sentido común, lo que significa que aún, cuando la realidad en la que emergen los jóvenes cambie regularmente, los conceptos se mantengan, vía *estereotipos juveniles* sin contexto, en el conocimiento circulante sobre lo juvenil en las instituciones. Ciertas instituciones –sistema educativo (escuelas, universidades, institutos, otros), medios de comunicación, sistema de salud, deportivo, recreativo, órganos de control y vigilancia social (tutelares, legislaciones penales, ministerio público) y la tradición (familiar, barrial, asociativa, religiosa, etc.)– legitiman estos estereotipos al volverlos a circular socialmente por medio de *preceptos* y *prácticas*.

Los estudios de juventud a lo largo del siglo XX produjeron una serie de definiciones del ser joven vinculadas a ámbitos disciplinarios determinados, aunque podemos aglutinarlas alrededor de dos polos: “el biológico médico-psicológico” y el “sociológico”. La predominancia de la mirada biológico-médico psicologista ha sido fundamental en la construcción de una serie de representaciones sociales juveniles, que han sido ofertadas a las instituciones y a la sociedad en general como definiciones científicas sobre lo juvenil a lo largo del siglo XX.

Teniendo claro que las nociones y conceptos tienen eficacia social y que deben formar parte de lo que hay que investigar, [2:35] en este apartado se revelan algunas conceptualizaciones académicas –representaciones– sobre lo joven en distintos contextos teóricos del siglo XX, identificando sus bases no científicas (y más enraizadas en el pensamiento común). Una de las consecuencias de la imbricación de discursos científicos y discursos populares a lo largo de más de un siglo ha sido la construcción de una representación dual de los jóvenes: como amenaza e intrínsecamente malos y/o

como focos de esperanza y optimismo e intrínsecamente buenos, aunque vulnerables. Ésta emplaza a los jóvenes como “naturalmente” más cercanos a los animales e incontrolables, y justifica su moldeamiento social –vía las convenciones y el sistema escolar– para que puedan llegar a “ser respetables”. [3] El *continuum* entre las miradas sociales y científicas sobre los jóvenes, gestado desde fines del siglo XVIII, llegó a su límite explicativo en las sociedades modernas occidentales entre las décadas de 1960 y 1970 con las profundas transformaciones sociales y culturales producidas y protagonizadas por los propios jóvenes. En este apartado iremos deconstruyendo críticamente estas posturas teóricas, planteando una ruptura epistémica con ellas, y proponiendo un nuevo acercamiento teórico, el cual nos permitiría captar/registrar la heterogeneidad juvenil contemporánea, así como abrir puentes analíticos para el estudio de ciertos segmentos juveniles emplazados aún en los márgenes de la investigación social y relacionados con el género como: las mujeres jóvenes, los jóvenes homosexuales, gays, *heterosexuales*, nómadas sexuales, excéntricos, con sexualidades centrifugas, disidentes sexuales o con identidades difíciles.

1.1. La emergencia de la juventud como categoría social: la adolescencia

La construcción socio cultural de la juventud en México tiene varios obstáculos epistémicos cuyas consecuencias han sido importantes en las maneras en que las ciencias sociales han mirado a los jóvenes. Uno de ellos refiere a la diferencia de significado entre los términos juventud y jóvenes. Juventud refiere a la categoría social, de edad, que emergió hacia fines del siglo XVIII en Europa. La idea de juventud corresponde a la conciencia de la naturaleza particular de aquellos caracteres que distinguen al joven del niño y del adulto: la sociedad asume y reconoce a la juventud como una fase/etapa específica de la vida durante la cual –a través de un conjunto de prácticas institucionalizadas– le son impuestas al individuo ciertas demandas y tareas que definen y canalizan sus comportamientos como "joven", las cuales suponen una relación con la "idea de juventud". [4] Algunos autores observan que los jóvenes *existen* desde el siglo XVI, pero su *conceptualización* como juventud tiene que esperar al siglo XVIII². Levi y Schmitt [5:8] observan que la característica que distingue a esta construcción socio cultural de otras edades es su situación *liminal*: la ubicación de la juventud entre los *márgenes* movedizos de la dependencia infantil y la autonomía de los adultos; su emplazamiento en el "margen" de una fase inicial de separación (de la esfera privada de la familia) y otra final de agregación (a la vida de adulto). Al segregarse así a la juventud de la sociedad, se le encierra en un período de libre flotación/turbulencia emocional y se la convierte en dependiente jurídica, moral y económicamente. Bourdieu [7] observa que la organización de las edades (y de los géneros, cabe mencionar) es siempre una organización de la distribución del poder social. Los datos etnográficos e históricos revelan que el nacimiento de la juventud, como realidad social, con la característica de su no integración o integración parcial en las estructuras productivas y reproductivas de la sociedad, es producto de una redefinición de los límites entre adultos y jóvenes, de una nueva “división (en el sentido de repartición) de los poderes”, a favor de los primeros.

Su conceptualización –iniciada en la obra de J.J. Rousseau *Emilio o de la educación* [8] y legitimada por Stanley Hall a inicios del siglo XX–, parece haber servido de cortina de humo del proceso contradictorio que funda su origen: lo que estructuralmente estaba pasando y lo que dice la ciencia sobre la juventud³.

² Sin embargo, eso no significa que en Europa o en otras partes del mundo los jóvenes no existieran. A través de acercamientos transculturales a los jóvenes de distintos continentes, [5] pero particularmente Feixa [6] han revelado la existencia de unos “no niños pero tampoco adultos” a los que las sociedades “premodernas” denominaron y significaron de maneras muy distintas (y diversas) a las de la sociedad moderna occidental.

³ Situación que racionaliza la emergencia de la juventud en los países occidentales como etapa de semidependencia, proceso que se extendió a finales del siglo XIX en conexión con el impacto social de la segunda revolución industrial y la expulsión de los jóvenes del mercado de trabajo, en el marco de las grandes transformaciones que produjo el tránsito del feudalismo al capitalismo. [6, 9]

Rousseau construye el concepto moderno de adolescencia. El *Emilio* descubrió el mundo de la niñez y de la adolescencia, definiéndolos como *estadios naturales* de la vida, cuyo panegírico se correspondía con el mito del *buen salvaje* como *origen de la civilización*. [6] Rousseau asigna el atributo de la inocencia a la infancia e interpreta la adolescencia como un *segundo nacimiento* con un papel crucial en el *desarrollo* del individuo. La adolescencia es convertida en un período de la existencia humana⁴ al marcar *el paso del estado de naturaleza al de la cultura*: se le atribuyen el despertar del sentido social, la emotividad (amor y amistad), la conciencia y otros atributos que se contraponen al “perverso y despiadado mundo adulto”, justificando así la necesidad de *segregar* a los jóvenes del mismo. Conceptuada “como clase de edad natural”, la adolescencia se extiende y consolida en el último tercio del siglo XIX entre clases medias y burguesas europeas que han vivido transformaciones en su estructura familiar, un aumento de la escolarización y cruzadas de salvación de niños que pretenden *controlar* a las clases populares –percibidas como peligrosas– actuando sobre sus miembros más jóvenes. [11:25]

Su legitimación se logrará con la obra de Stanley Hall [12] titulada *Adolescence: Its Psychology, and its Relations to Physiology, Anthropology, Sociology, Sex, Crime, Religion and Education*, en la que desarrolla la “psicología de la adolescencia” como fenómeno en sí mismo. Hall reelabora las ideas de Rousseau a la luz de la biología postdarwiniana, la filosofía evolucionista y el movimiento romántico alemán, y propone la “teoría psicológica de la recapitulación”⁵, según la cual la estructura genética de la *personalidad*, en el transcurso de su desarrollo, atraviesa *etapas* que corresponden a aquellas que se dieron en la historia de la especie humana. La adolescencia correspondería a una etapa prehistórica de “turbulencia y transición”, dominada por las fuerzas del instinto que, para calmarse, requerían de un período largo durante el cual los jóvenes no debían ser obligados a comportarse como adultos por hallarse en un estadio intermedio entre la barbarie y la civilización. Su propuesta da un peso mayor a la base fisiológica o biológica (“natural”) de la *turbulencia emocional* que atribuye esencialmente a la adolescencia. El contenido del estadio adolescente es delimitado por las *características psíquicas asociadas a los cambios corporales* –turbulentos, problemáticos, volátiles, excesivos en su pasión, faltos de racionalidad, en constante batalla interior en tanto encarnan la batalla entre el instinto y la cultura–, las cuales construyen un cuadro de carencias idóneo al cual pueden remitirse “las desviaciones a la norma”.

Desde ese momento, se da por sentada la vinculación entre el crecimiento biológico-mental e identidad social. La imagen de la *adolescencia como etapa de moratoria social y de crisis previa a la vida adulta*, influye positivamente entre los educadores al convencerlos de la necesidad de dejar que los “jóvenes fueran jóvenes”; sin embargo, también convenció a los adultos de que *los jóvenes no eran seres completos ni confiables (por su natural inestabilidad emocional)* y de la necesidad de asegurar su transición a la *cultura/civilización o completud social/adulterez* mediante la educación, represión y *control de los instintos sexuales*. [6,10,11] Aparece así una teoría normativa sobre la adolescencia que coloca al entorno social y cultural en un lugar secundario.

Entre finales del XIX e inicios del XX, esta concepción permea la construcción de otras teorías psicológicas y sociológicas que focalizan su atención en la (supuesta) inestabilidad y vulnerabilidad de la adolescencia, y justifican así el carácter de

⁴Pues en los siglos XVII y XVIII no se hablaba propiamente de adolescentes, sino de niños o adultos, y aunque existía la noción de juventud, ésta no significaba una *etapa* “entre” la niñez y la adultez, sino una *cualidad*, la de “mozo” o “muchacho de pocos años” cuyo referente era la vejez, o cuando menos la madurez. [10:27] La misma idea de *etapa* no era de uso común, ésta apareció y se consolidó con las ideas spencerianas y darwinistas de la evolución a finales del siglo XIX.

⁵ El cual estuvo fundamentado en la propuesta teórica del naturalista alemán Ernst Haeckel (1834-1919) conocida como la “teoría de la recapitulación” o “ley biogenética”, teoría que al poco tiempo demostraron otros científicos era completamente falsa, aunque sirvió como base para el desarrollo de muchas teorías que fueron pilares del conocimiento en el siglo XX. [10]

“preservación” o “reservación” que le es asignado, mediante su segregación en un ámbito especial (la escuela) a fin de que adquiera las calificaciones necesarias para acceder a la vida adulta. En México, el impacto de estas teorías a través de educadores como Theodule Ribot y Paul Godin decide la separación de la escuela secundaria de la preparatoria.

La vulnerabilidad asignada a la adolescencia radica en la asunción de que *este es un tiempo peligroso* en el cual los individuos realizan “elecciones racionales” sobre sus futuras identidades, experimentando un número de personajes antes de encontrar un lugar apropiado en el orden social. Este aspecto del concepto es importante para sostener la idea de que “algo realmente diferente [de lo que es la vida adulta] está sucediendo en esta etapa” porque una vez que *yo* es encontrado, “se establece para siempre”. Esta última percepción legitima la concepción de etapa con la percepción de la adultez como “la cima” del desarrollo humano, más allá de ésta, el desarrollo ya no ocurre más y la identidad se fija para el resto de la vida, [3: 53-54] y “declina” con la vejez.

1.2. La adolescencia en la juventud: confusión de conceptos

De los planteamientos de J. J. Rousseau sobre la adolescencia también se desprende una *vertiente social* iniciada por Durkheim, quien asocia *educación y socialización* – proceso al que define como la acción de los adultos sobre los jóvenes para que éstos dejen “su ser asocial y egoísta” y se genere “un ser capaz de llevar una vida moral y social”–, el cual sirve como punto de partida para construir una visión de la juventud separada de la familia y colocada en la escuela o en cualquier otra institución de la sociedad moderna. La *operación encierro de la juventud*, [13] forma parte de la institucionalización del curso de la vida que consigna a los jóvenes a una institución que los forma, moldea y agrupa en un espacio definido debido a su inmadurez. Esta propuesta normativa tiene como base de su éxito, observa Urteaga, [14] la continuidad e imbricación entre ella y el discurso popular sobre la juventud entre 1900 y 1950 en varios países europeos: ambos discursos representan de manera dual a los jóvenes, como amenaza e intrínsecamente malos y/o como focos de esperanza y optimismo e intrínsecamente buenos, aunque vulnerables. [3] *Representación dual que legitima la intervención, control y protección estatal sobre los y las jóvenes.*

Vinculada a la institucionalización juvenil, se identifican procesos *universales*: se normaliza el camino socializador a seguir, los jóvenes “normales” deben pasar por un conjunto de etapas para completar sus tareas de desarrollo y tener la posibilidad de convertirse en adultos “normales”. Idea que muta hacia las *concepciones categóricas del desarrollo y la identidad* de los procesos juveniles y que ha tenido un papel central en la creación de *marcos estandarizantes por medio de los cuales los adultos pueden juzgar qué individuos son normales y qué individuos necesitan algún tipo de intervención para normalizarlos*. Los conceptos de *adolescencia y desarrollo* hacen equivalentes *las etapas del desarrollo biológico-físico con las de una identidad social* definida como un conjunto de rasgos psíquicos o patrones de comportamiento en correspondencia con categorías específicas de edad. Desde entonces *se cree* que la adolescencia envuelve un número de tareas de desarrollo que deben de “ser cumplidas apropiadamente” de lo contrario el/la joven no podrán convertirse en adultos maduros. Limitaciones de este enfoque son el carácter ahistórico y estático de la juventud y el que se tome las actitudes, conductas y estilos del referente –la norma masculina, heterosexual, blanca y de clase media estadounidense y, en el caso latinoamericano, la norma masculina, heterosexual y de clase media moderna– como prototipos universales, ignorando la diversidad juvenil, las relaciones entre adultos y jóvenes, así como entre los grupos de jóvenes [3] en cada cultura.

La sociología abreva de estas teorías sobre el desarrollo humano y en especial de las concepciones categóricas y propone *una conceptualización de la juventud como periodo de transición*, con una idea limitada, unilineal, de los procesos de transición. La “transición”

aludiría a que la gente joven se desplaza hacia la vida adulta, sobreentendiendo que la adultez es un status claramente definido, con marcas fijas que indican exactamente cuándo se ha cumplido el proceso de maduración. A mediados de los años 50, las transiciones juveniles toman como referencia el terminar la escuela, dejar el hogar paterno, casarse, tener hijos y obtener un empleo⁶. Una crítica a este planteamiento es que justifica la postergación del presente de los jóvenes por el vivir para el futuro adulto, constituyéndose en la otra cara de la denominada *moratoria social*, concepto sociológico tomado del concepto de *moratoria psicosocial* en el desarrollo psicológico de la personalidad que E. Erikson ubica en la fase juvenil. Para Erikson, el lapso concedido para experimentar con una gama de posibilidades, es un tiempo de ensayo y error que permite probar diversos roles, que facilitarían la paulatina integración de los componentes de identidad final que estructuran “al joven”. Esta experimentación, sin embargo, se produce a costa de la creación y/o desarrollo de un aparato institucional estatal que margina a los jóvenes de las actividades centrales de la sociedad, posterga su participación y refuerza su dependencia de las personas e instituciones adultas.

Otra versión de las teorías del desarrollo es la formulación institucional de *esquemas normalizantes* –vía campañas públicas de alarma entre la población y programas específicos para “componer” los desvíos de la norma– que funcionan cuando “los jóvenes son percibidos como potenciales víctimas de la violencia o la degradación”. Variantes contemporáneas de la percepción de los “jóvenes como problema” son las concepciones de “jóvenes en riesgo” y “jóvenes vulnerables”. En riesgo y en condición de vulnerabilidad de una variedad de cosas y situaciones, incluyendo un desarrollo no apropiado en las supuestas etapas de la adolescencia o su fracaso escolar, y “su posible conversión en delincuente o desviado sexual”.

Los estudios antropológicos que tocan el tema juvenil - generalmente bajo el término de *adolescencia* - revelan el fuerte impacto de estas teorías. El interés por los aspectos de la infancia y la adolescencia puede rastrearse en los trabajos de la escuela denominada Cultura y Personalidad como Ruth Benedict [15] y Margaret Mead [16]. Y aunque Mead, en su investigación sobre las adolescentes samoanas, cuestiona el etnocentrismo subyacente en la teoría psicológica de Hall sobre la adolescencia occidental (su supuesta condición natural y su generalización), da por sentada la concepción de la socialización como proceso a través del cual el conocimiento y las características culturales son transmitidos por los adultos a los niños y jóvenes a fin de transformarlos, con el tiempo, en adultos maduros.

En la antropología de gran parte de la segunda mitad del siglo XX, el predominio de la fusión de las perspectivas del desarrollo humano y la socialización gestadas en la psicología y sociología occidentales de fines del siglo XIX e inicios del XX, será fundamental para concebir a la juventud como fase de la vida individual comprendida entre la pubertad fisiológica (una condición “natural”) y el reconocimiento del estatus adulto (una condición cultural”); como una condición universal - fase natural del desarrollo humano que se encontraría en todas las sociedades y momentos históricos - explicada por la necesidad de un período de preparación y maduración entre la dependencia infantil y la plena inserción social. Definición que enmarca a los jóvenes como seres humanos inacabados.

Una de las escuelas teóricas que profundizará y hará universal la adolescencia como etapa en el desarrollo humano y social será el *estructural funcionalismo*, predominante durante gran parte del siglo pasado. Niños y adolescentes fueron percibidos a través de la adquisición de sus *roles sociales* en el proceso de socialización, el cual es tradicionalmente visto desde dos perspectivas, la behaviorista y la constructivista. Para la

⁶ Hoy, muchos investigadores consideran que conceptuar a la juventud como un período de transición hacia la adultez no es útil porque la temporalidad de los aspectos de la transición, su significado y el orden en que estos ocurren difieren considerablemente entre hombres y mujeres, de una región a otra, en lo urbano y lo rural, entre otras diferencias y desigualdades.

primera, la socialización es la internalización que niños y adolescentes hacen de las competencias y conocimientos adultos. A través de los modelos de roles y su reforzamiento, los niños son formados y moldeados por *la cultura adulta que los rodea* y, en todos los casos, son percibidos como básicamente *pasivos*. La perspectiva constructivista acentúa el *rol activo de la infancia*: los niños son percibidos como *adquiridores y constructores* de un conocimiento de lo que ellos interpretan de la sociedad que los rodea. Sin embargo, esta perspectiva también sostiene que el aprendizaje humano transforma al individuo a través de su paso por niveles de desarrollo, en el conocimiento y las destrezas necesarias para su participación en el mundo adulto.

La entrada de las sociologías interpretativas –emergentes entre 1950 y 1960– dio importancia al contexto y la adquisición de los significados por actores sociales creativos, permitiendo a los niños y jóvenes un rol más activo en la constitución de la sociedad humana. En 1973, Charlotte Hardman [17] sostiene que “los niños pequeños habitan en mundos/universos con significaciones sociales distintivas” y no necesariamente pre racionales o pre adultas. Su propuesta subraya la necesidad de separarse de concepciones comunes que se tienen sobre los niños como sujetos que saben menos o son incompetentes culturalmente y reconocer el “presente” de la infancia, comprendiendo la importancia de los “niños como gente importante de ser estudiada *en sus propios términos y no sólo como receptores de las enseñanzas adultas*”. La investigadora propone *considerarlos como poseedores de un entendimiento propio sobre la vida y de otros saberes relacionados con situaciones particulares que hacen parte de su entorno*. Virginia Caputo [18] propone moverse hacia conceptualizaciones de agencia cultural y hacia la “vida infantil de todos los días” estudiando las maneras en que éstos están activamente involucrados en la creación de cultura.

El llamado reciente a apresurar un cambio de conceptos –del de adolescencia al de juventud– proviene de investigadores como Bucholtz [19], Feixa [6], Urteaga [14] que proponen no sólo expandir los intervalos de estudio –entre los diez u once años, pubertad, y los 25 o 29 años de edad– para supuestamente incorporar el rango completo de formas en las que la juventud puede ser definida socio culturalmente. Muchos investigadores están ya tomando ésta perspectiva más amplia en su trabajo, aunque lo más importante es cuestionar el concepto de adolescencia en sí mismo, el cual *conecta y contrasta*, tanto social como etimológicamente, con la adultez. No se trata de que el mero uso de uno de los términos determine resultados. La preocupación aquí es básicamente conceptual, no de términos, es importante notar que la elección de uno u otro concepto es en sí misma una elección teórica.

La juventud no se considera ni edad ni trayectoria, sino identidad, la cual no invoca ni la formulación psicológica de la adolescencia como búsqueda prolongada de la identidad, ni el rígido ni esencializado concepto de identidad que ha sido objeto de críticas recientes. En su lugar, la identidad es agenciable, flexible y siempre cambiante, pero no más para la juventud de lo que es para el resto de las personas de cualquier edad. En el uso del concepto de adolescencia o de juventud hay diferencias que hay que tomar en cuenta: los estudios de la adolescencia generalmente se concentran en cómo los cuerpos y las mentes se moldean para ser futuros adultos; mientras los de juventud enfatizan *el aquí y el ahora* de las experiencias de la gente joven, esto es, las prácticas sociales y culturales a través de las cuales moldean su mundo. También, mientras la adolescencia es situada en relación a la adultez, un grupo de igual importancia para los jóvenes son sus pares generacionales, así como los contrastes marcados de edad con, por ejemplo, la niñez y la vejez, además de la adultez. Como resultado de ese movimiento se plantea un nuevo paradigma para el estudio de la infancia y la juventud.

1.3. La agenda juvenil

El modelo emergente de infancia y juventud traslada a ambas categorías fuera de los modelos del desarrollo humano y la socialización para enfocarse en la actividad de los niños y los jóvenes en sus vidas cotidianas. Algunas de sus características son:

Primero, concebir la infancia y la juventud como construcciones sociales de fases particulares en el ciclo de vida que cambian de forma y de contenido a través del tiempo y del espacio. La biología de los cuerpos infantiles/juveniles madurando no es la determinante principal e invariable de su identidad categorial, sino que está sujeta a diferentes marcos de interpretación entre y dentro de las culturas y las diferentes épocas históricas. [20:45] Así, las categorías conceptuales de infancia y juventud son elaboradas a través de los juegos de reglas rectoras que prescriben y proscriben las acciones sociales de los miembros de cada categoría. Son éstas las que configuran un conjunto de conocimientos sobre el ser. De ahí, la importancia que tiene asumir las concepciones socio culturales de infancia y juventud como *construcciones relacionales* entre los actores infantiles y juveniles con los agentes de sus entornos sociales inmediatos (adultos, jóvenes y niños) y con los de sus entornos más lejanos pero presentes.

Segundo, la infancia y la juventud son variables del análisis social y no pueden ser separadas de otras variables como el género, la clase, la etnia, la región, entre otras.

Tercero, la infancia y la juventud, las relaciones sociales y las culturas de los niños y jóvenes merecen ser estudiadas *en sus propios términos*. Expresión que remarca la necesidad de situarse en las prácticas y las visiones que los actores –en interacción social con los adultos, los jóvenes y otros niños– construyen sobre sí mismos y su entorno, esto es, sin perder de vista los aspectos más relevantes y particulares de sus vidas que ellos mismos ponen por delante.

Esta perspectiva subraya el rol participativo que tienen niños y jóvenes en el diseño de su experiencia cotidiana y en los resultados de sus estatus como categorías. Rechazando la pasividad de los roles y modelos funcionalistas, los relatos contemporáneos sobre el “hacerse ser social” (o alcanzar la “completud social” atribuida sólo a los adultos), enfatizan que los jóvenes están activamente comprometidos en la construcción y determinación de sus propias vidas, las vidas de quienes los rodean y de las sociedades en las que viven. [20:45]

Esta propuesta apunta a dar estatuto y respetabilidad epistemológica a la infancia y la juventud en tanto admite que niños y jóvenes son creadores y poseedores de culturas de la infancia y de la juventud. En ambos casos se da prioridad a las prácticas y formas expresivas y simbólicas a través de las cuales la sociedad es experimentada por la gente joven, revelando su posicionamiento categorial en fases particulares del curso de la vida. Al respecto, la experiencia cultural y la estructuración del pasaje entre la niñez y la juventud, en el proceso de hacerse social y en los contextos en los que son forzados a socializarse, puede o no darse de manera ritualizada o subcultural y opuesta en la medida en que los niños y los jóvenes delimitan sus propios pasajes al mundo adulto que de manera ambivalente impiden su entrada tanto como atraen su interés. Teniendo esto presente, en la actualidad “la experiencia del mundo social en los niños y en los jóvenes es la de la marginación social, una consecuencia de la centralidad que ocupa el cuerpo competente de la adultez al interior de las conceptualizaciones sobre el ciclo de vida en las sociedades contemporáneas occidentales”. [20:45]

Un trabajo temprano de S. Eisenstadt sobre las generaciones, [21] (1956), subraya la relegación estructural de la juventud en los márgenes de la sociedad y señala las rutas estructuradas de la transición del período de la juventud hacia la adultez. Según los cánones funcionalistas de Eisenstadt, la *cultura juvenil* básicamente representa un antídoto a esta experiencia problemática de marginación, al cumplir la función de “suavizar” o amortiguar la transición de la infancia a la adultez. A pesar del marco funcionalista, las ideas sobre la marginación social y sobre la cultura generacional de Eisenstadt continúan siendo sugerentes. James [20] propone utilizarlas como *lente teórico* para comprender el proceso de socialización emplazándolas dentro del trabajo

antropológico sobre ritos de paso y *liminalidad* de Victor Turner. Esto le permite enfocar e iluminar las culturas de la niñez y la juventud no como subculturas aparentemente fijas en su oposición al mundo adulto o como malos remedos del mismo, *sino como contextos geertzianos al interior de los cuales la experiencia generacional de tener negados el acceso y la participación a las instituciones sociales centrales puede ser densamente descrita*. Además, permite explorar de manera procesual y cualitativa las vidas de los niños y los jóvenes como experiencias de participación en la transición, más que como zonas de exclusión, en el ciclo de vida. [20:46]

Por último, el estudio de la infancia y la juventud *en sus propios términos* corregiría el error académico de pensar que todo lo que hacen los niños y los jóvenes es por referencia al mundo adulto y rescatar la creatividad propia que se genera en estos nichos categoriales productores de prácticas y discursos que deben ser comprendidos desde los lugares de sus prácticas y desde sus perspectivas. [18,22]

En ese sentido, la juventud más que un concepto es un campo conceptual o interpretativo de nociones e instrumentos metodológicos que nos ayudan a reflexionar teóricamente el conjunto de investigaciones y estudios que desde varios acercamientos se realizan sobre los jóvenes de carne y hueso. Esto es, ayudan a comprender la construcción de la juventud como institución social que existe por encima o más allá de la actividad de cualquier joven o grupo de jóvenes en particular.

2. Juventud, ritos y cuerpos

Una de las líneas de estudio en la disciplina antropológica que más ha aportado al estudio de la juventud como etapa de transición a la adultez, es la de los ritos de paso o ceremonias de iniciación, enmarcada en los estudios de las agrupaciones o clases de edad en un amplio margen de culturas no industriales. Por muchos años, antropólogos de diferentes corrientes teóricas estudiaron *la adolescencia casi exclusivamente como una posición liminal⁷ entre la niñez y la adultez*, marcada en muchas culturas (aunque no la mayoría), por medio de algún tipo de ceremonia de iniciación, que sirve para celebrar el ingreso de los individuos (generalmente los varones jóvenes, aunque también las muchachas) en la sociedad adulta y para su reconocimiento como miembros del grupo.

En las etnografías de las denominadas sociedades “primitivas” se hace hincapié en el valor social otorgado a la pubertad como linde fundamental en el curso de la vida, básico para la reproducción de la sociedad en su conjunto [6] y para la producción de la masculinidad y la femineidad adulta de sus miembros. Los conjuntos ceremoniales asignados por separado a los varones jóvenes como a las mujeres jóvenes en este momento del ciclo vital en muchas sociedades primitivas, muestra *la necesidad de no dejar al albedrío de la naturaleza el trascendental momento del ingreso a la vida adulta* [6] –con un género “definido”– celebrando el *mito del púber resucitado* vinculado a la concepción de *la adolescencia como segundo nacimiento*. [24] Se muere como niño(a) para volver a nacer como adulto o adulta.

Para los muchachos, aún cuando los *procesos de maduración fisiológica* (y sus manifestaciones como la aparición de caracteres sexuales secundarios, crecimiento físico, etc.) desencadenan la pubertad, sólo las ceremonias de iniciación *asegurarían su formación como agentes productivos*. Para las muchachas, su ingreso a la pubertad es *identificado con la primera menstruación, aunque sólo los ritos de paso a las que son sometidas, garantizarían su formación como agentes reproductivos*. Es decir, estos ritos de paso son considerados como el camino para gestar/iniciar y definir la vida en términos adultos, eliminando la ambigüedad, incluso en torno al género. Al decir de Feixa [6], “la transición juvenil a la adultez es esencialmente un proceso de identificación con un

⁷ Siguiendo la propuesta de Van Gennep [23], quien divide en tres fases los ritos de paso: separación, margen o limen y agregación.

determinado género”. Turnbull [25] por ejemplo, observa entre los pigmeos BaMbuti – sociedad de cazadores-recolectores nómadas que habitan en la selva de Ituri (Zaire)–, que el rito de Elima celebra el fin de la infancia. En el caso de las muchachas, cuando aparece la sangre menstrual, son separadas en una casa especial y después de un mes de cánticos y festejos, se reintegran a la vida del grupo, que las considera mujeres ya maduras. En el caso de los varones, los cambios de la pubertad no son tan evidentes ni instantáneos, *deben demostrar su virilidad*, acostarse con una de las muchachas recluidas en la cabaña del Elima, matar / cazar un animal “auténtico” (grande) y demostrar que no sólo son capaces de alimentar a su propia familia, sino también de ayudar en la alimentación de los miembros más viejos del grupo.

Sin embargo, diversos antropólogos han señalado la enorme diversidad de estos ritos de paso, tanto en su duración como en el contenido de las pruebas de iniciación a la adultez masculina o femenina a las que son sometidos los y las jóvenes segregados en espacios liminares al grupo. Algunos describen la crueldad y el sufrimiento físico en las pruebas por las que tienen que pasar los varones jóvenes para demostrar su virilidad, mientras otros señalan la diferencia de funciones entre las iniciaciones masculinas y las femeninas. Las de las muchachas tendrán un carácter individual, pues el período de adolescencia supone su reclusión en las tareas domésticas, en un contexto de dependencia familiar. Mientras el carácter colectivo de las de los varones les posibilita su conversión en *hombres públicos o grandes hombres*. [26] Se observa también que a mayor complejidad económica y política de la sociedad bajo estudio, hay un alargamiento de estos periodos liminares vinculados al acceso masculino al poder y los recursos. Si bien las interpretaciones estructural funcionalistas sobre los ritos de paso enfatizan sus funciones positivas en la integración social, en tanto resuelven y movilizan al servicio de la sociedad las tensiones y conflictos potenciales entre las sucesivas generaciones y entre padre e hijos [6:23]; las agrupaciones de edad y sus ritualizaciones también ponen de manifiesto los inicios de la jerarquización social en función de la edad y el género, y la creación de un largo período de dependencia en el cual la notable contribución económica de los jóvenes va acompañada de un status de subordinación al poder de los adultos que puede alargarse hasta los 30 o 40 años.

Esta línea de investigación se ha mostrado fructífera al revelar, mediante descripciones densas, cómo los cuerpos de los muchachos eran intervenidos por los adultos involucrados en el ceremonial para ser modificados mediante inscripciones, escarificaciones, pinturas, tatuajes, perforaciones, implantes, que marcan y revelan para su reconocimiento por toda la comunidad, su cambio de estatus y posición social. Sin embargo, la mayoría de estos ritos estudiados por antropólogos focalizan su atención en cómo los adultos guían a los adolescentes hacia la adultez en su cultura o comunidad, silenciando las voces y experiencias de los jóvenes protagonistas.

Los primeros intentos por empoderar esas voces/sujetos recién se realizarían en la década de 1960, con la emergencia de los jóvenes en la escena pública. De Martino, compara los acontecimientos de violencia protagonizados por bandas de jóvenes suecos en el centro de Estocolmo, con los ritos de pubertad Kwakiutl y la *Saturnalia* romanas, en los cuales los adultos estimulaban a los jóvenes a explotar y, al mismo tiempo, les dotaban de un esquema mítico y ceremonial que los transformaban en símbolos de la adquisición de nuevos roles sociales en el marco de una renovación de la comunidad. Para luego sostener que la carencia de estos ritos en las sociedades modernas, ha impulsado a los jóvenes a inventar “nuevos ritos y nuevos símbolos capaces de llenar este vacío y de orientarles en la construcción de una identidad social”. [6:46] Esta hipótesis fue reforzada por Victor Turner, [27] quien *convirtió a la juventud en una suerte de etapa liminal*, dando paso a muchos estudios sobre cómo los adolescentes alrededor del mundo asumían nuevos y culturalmente reconocidos roles por medio de acciones ritualizadas que dramatizaban la liminalidad de la juventud. [19,28]

Monod [29], quien estudia a los *barjots*, subcultura juvenil parisina en 1968, observa un conjunto de prácticas culturales, algunas muy ritualizadas, a través de las cuales los jóvenes crean su presencia y se hacen visibles ante la sociedad adulta, pero sobre todo ante otros jóvenes también adscritos a subculturas juveniles con las cuales mantienen relaciones de oposición constante. Clásicamente, desde la perspectiva de los ritos de transición, la construcción de la masculinidad juvenil ha estado relacionada a la conversión del sujeto masculino joven en hombre. Julie Peteet [30] se acerca a la construcción de la masculinidad en los rituales de la resistencia palestina, analizando particularmente cómo cambia la mirada y el aprecio adulto hacia los jóvenes que por su participación en la intifada son encarcelados. Participar en la intifada y pasar por la cárcel son los rituales actuales con los que los adultos palestinos celebran el tránsito hacia la adultez de los varones jóvenes. En los últimos años, sin embargo, se muestra un giro en el tratamiento a los ritos de pasaje. Algunos investigadores han analizado la construcción de la masculinidad en algunas prácticas juveniles que pueden ser interpretadas como ritos de iniciación a los mundos juveniles. Por ejemplo, en “Barras Bravas, pasión guerrera”, Abarca y Sepúlveda [31] exploran las relaciones entre masculinidad, violencia y territorio en jóvenes de un asentamiento urbano popular, miembros de las “barras bravas” del fútbol chileno, con especial énfasis en los ejes centrales de la vivencia juvenil barrista: las categorías de *aguante* y *piño de choque*, valores de la cultura masculina juvenil local-territorial, en la que viven, expresan bravura, devoción carnavalizada, juerga, pasión, trascendencia. En esta cultura de género local, domina el afán de afirmación y preeminencia.

En estas imágenes, el cuerpo juvenil es bastión de resistencia, disidencia o divergencia a las prácticas y representaciones corporales de la institucionalidad. Urteaga [32,33] encuentra en su investigación en torno a la constitución de la juventud como realidad empírica y conceptual en el México moderno, que *el cuerpo* es uno de los espacios culturales más importantes en la disputa entre adultos y jóvenes. La perspectiva del cuerpo juvenil como territorio cultural, revela cómo a través de un conjunto institucional creado desde el siglo XIX (sistema escolar, legalidad y condición jurídica específica para niños y jóvenes, políticas de salud específicas, tutelares para menores de edad, etc.) e imágenes institucionales sobre los jóvenes, las políticas contra el cuerpo juvenil han producido o intentado producir cuerpos subordinados, sumisos, obedientes, a través de su “cultivo”, higienización física y mental, asexuamiento y prescripción de su castidad. Lo que resalta la necesidad de ubicar al cuerpo como un elemento clave en la construcción de la presencia y visibilidad juvenil en el siglo XX, la cual expresaría la voluntad de dominar su cuerpo y su entorno inmediato, precisamente por la falta de poder para dominar otras cosas o situaciones en ámbitos de los que se encuentra excluido.

2.1. Cuerpos generizados

Con el paso del tiempo, la propuesta en torno al cuerpo como “cuerpo significado” indisoluble de la cultura ha ido ganando terreno, dotando al cuerpo de atributos que rebasan la materialidad y que cuestionan posturas que consideran que *el cuerpo significa por lo que es*, y proponen, en cambio, que *el cuerpo es por lo que significa*. [34]

Lo que hace necesario hablar de cuerpos a partir de todas las prácticas y representaciones que se dan en torno a ellos. En este sentido, cuando nos referimos al cuerpo de los jóvenes debemos de considerar que el cuerpo vive, pero de manera central para esta discusión, *el cuerpo se vive* y, las maneras en que los jóvenes viven su cuerpo hacen explícita las formas por las que establecen sus relaciones con el mundo. La experiencia del cuerpo se vive entonces en dos niveles, por un lado a través de la generación de prácticas y, por otro, a través de las representaciones construidas en los diversos contextos y dimensiones en que los jóvenes viven y se relacionan con los otros, dando paso a un cuerpo que –bajo la influencia del principio de individualidad preponderante en nuestros días– se constituye como posesión y marca.

Dentro de este esquema, un lugar preponderante en la “definición” de los cuerpos y los sujetos, lo ocupa la categoría *género*. Es prácticamente imposible ubicar un cuerpo al que no se le asigne (o se le exija), su “pertenencia” a un género dado. En la mayoría de los casos, el género rebasa el “Yo” y es uno de los primeros referentes a partir de los cuales se define a un sujeto incluso, antes de que nazca. El cuerpo en general y el cuerpo “generizado” en particular, además de ser puntos de partida en la “clasificación” de los individuos, serán los primeros ámbitos sujetos a control y/o disciplinamiento, pero también los primeros espacios a partir de los cuales se ofrezca resistencia a los sistemas. Jóvenes y cuerpos son sojuzgados a partir del género que se les ha asignado y no sólo desde el exterior del grupo juvenil, sino al interior de los grupos en forma de relaciones de poder.

Sujeto a una gama de lógicas e intereses, el cuerpo es sometido a conceptos de “normalidad” que se elaboran a partir de patrones que tienden a ser considerados como “naturales” y “esenciales”, dejando de lado el hecho de que el género es una construcción socio cultural. Así, aquellos cuerpos que no se ciñan de manera clara a los preceptos establecidos por y para el género acaban por ser considerados abyectos y objeto del rechazo, la marginación y la sanción. [35,36] El cuerpo transita desde lo “natural” hasta los campos de la moral, y los juicios en torno al cuerpo, acaban por ser los juicios en torno a cada individuo; y aún en estas circunstancias, no todos los cuerpos serán evaluados de la misma forma, pues dependiendo de categorías como clase, etnia y los preceptos de belleza hegemónicos, habrá cuerpos que importen y cuerpos que se detesten o sean rechazados entre los jóvenes.

En este sentido, el cuerpo sigue siendo uno de los territorios en el cual los sistemas hegemónicos ejercen mayor presión; aun cuando se constituye también como un enclave a partir del cual, cada actor puede ejercer su capacidad de agencia, desplegando un conjunto de recursos y saberes provenientes del deseo, el placer o del imaginario que le posibilitan su desertión, oposición y/o rechazo a las imposiciones adultas y las de los pares. Estableciendo sus propios procesos de marginación y exclusión tanto como de identificación con los otros.

3. Juventud y Género

Actualmente los investigadores no podemos soslayar las grandes disputas entre los conceptos clásicos o tradicionales y las nuevas propuestas teóricas sobre juventud y género. Es propósito de este apartado plantear algunos temas empíricos, en lo concerniente a las maneras como los jóvenes, aún sujetos a discursos tradicionales sobre juventud y género, construyen a través de sus experiencias, nuevas maneras de ser hombre o ser mujer o ser humano, planteando en la última parte, como se complejizan estas relaciones con los discursos sobre sexo.

El género interviene en la construcción, tanto como en la percepción de lo social, lo político y lo cotidiano de los actores históricos. Es un espacio de vivencias e interpretaciones en las que se entretreje lo institucional y las representaciones de los sujetos.

Cuando se utilizan los términos “muchacha”, “muchacho”, “jovencita” o “jovencito”, “chico” y “chica”, “chavo” o “chava”, a la par que se denomina a alguien, se le está confiriendo la posibilidad de asumir un papel/rol en un contexto social determinado que se elabora en torno a tres constructos: juventud, género y sexo. Esta triada nos reta a comprender las formas en que se articulan las prácticas, representaciones, tiempos, espacios y materialidad; a partir de procesos relacionales, no siempre lineales, y complejos, tanto en sus componentes, como en las dimensiones en que se efectúan. [14] Sin olvidar que “género” y “sexo”, por un lado, son construcciones culturales constitutivas a los procesos que conforman las identidades y las representaciones de los sujetos,

erigiéndose en categorías normativas que expresan lo que los sistemas históricamente situados quieren y desean para y de los sujetos. [35] Reflejando de forma paralela, las dinámicas cambiantes de conformación de las representaciones e identidades de los sujetos, quienes, por su capacidad de agencia desarrollada en su experiencia, incorporan elementos que les permiten generar resistencias a la imposición de las normas y los sistemas hegemónicos.

Por lo que se puede proponer que conceptualmente no hay género, ni sexo, ni cuerpo e incluso juventud, desligados de las disputas entre los discursos, las prácticas y necesidades de las instituciones y los discursos generados por la capacidad de agencia de los actores⁸. Por lo que se hace necesario explorar las formas en que las juventudes están usando y re significando estas categorías porque no existe joven alguno que no habite en un cuerpo sexuado, sometido, cuestionado y/o cuestionando al género.

Sin embargo, tal disputa posibilita la existencia de dos tipos de sujetos: los *aceptados* y los *excluidos*. Siendo *aceptados* los que se ciñen a las normas, y *excluidos*, quienes no lo hacen; proceso que no es exclusivo de las instituciones, sino también de los jóvenes. Incluso, la propia categoría de juventud enfrenta complicaciones al ser utilizada como un concepto normativo en ciertos ámbitos, lo que dificulta apreciar su interacción con otras categorías como etnia, clase social o género.

Sin embargo, estas situaciones están escasamente documentadas en México. Por ejemplo, entre los jóvenes, el género es una carta de presentación dentro de los procesos de socialización y socialidad en la escuela, el trabajo, la familia o la calle, ámbitos todos en donde se juegan posiciones de poder con los adultos o entre los propios pares. Pero, en esta línea de razonamiento, ¿se puede hablar de mecanismos de oposición y resistencia en torno al género como sistema normativo por parte de ciertos grupos de jóvenes? De ser así, ¿la oposición sería a los sistemas normativos que rigen las ideas de cuerpo, sexo, género y deseo?, o, ¿a la idea de compartir referentes con otros –como por ejemplo, los padres–?; o bien, ¿sería un acto de resistencia ante la cotidianidad y/o lo rutinario que ofrece la vida adulta? Incluso, en el caso del rechazo adulto para con los jóvenes que no se ciñen a tales categorías, ¿sería posible que los jóvenes resignifiquen el rechazo como un factor de prestigio –al conformarse como fuerzas opositoras a los regímenes adultocéntricos– que les confiere la posibilidad de establecer sus propias relaciones de poder?

Éstas y otras preguntas requieren de investigación empírica en la medida en que pueden aportar nuevos elementos a los estudios socioculturales sobre juventud y facilitar el acercamiento a actores y problemas de investigación que de manera tradicional han sido relegados, como la diversidad sexual, las mujeres y las/los jóvenes indígenas.

3.1.1. Y además... sexo

Referirnos al “sexo” en los estudios de juventud hace necesario marcar una diferencia entre “sexo” como categoría de análisis y “sexo” como referencia al ejercicio de la sexualidad y/o a las prácticas sexuales, a fin de facilitar el abordaje de ciertos problemas de investigación y tener mayor claridad en el manejo de conceptos.

En el caso de los estudios con y sobre jóvenes, el uso de la categoría “sexo” para referirse a las prácticas sexuales y particularmente, a las prácticas sexuales vinculadas a la *salud reproductiva*, es por mucho, la forma más común con que se aborda ésta temática, [36] dejando de lado otras acepciones que el término alude y que pueden dar paso a diversas líneas de investigación, como en el caso de la diversidad sexual [37].

⁸ Sustentados los últimos en sus prácticas, deseos, búsqueda de placer y/o ansias por satisfacer la curiosidad - motivaciones o carencias con las que posibilitan la deconstrucción de las categorías impuestas por los discursos hegemónicos.

En ese sentido, usualmente “sexo” es referido como sustrato biológico que da origen al género, concepto que se conforma entonces como “la expresión cultural” del primero. Sin embargo, esta postura ha dado paso a una discusión en torno a la deconstrucción de la categoría “sexo” [36] y a los términos aledaños a la misma; lo que ha llevado a diversos autores a definir el “sexo” como un constructo elaborado para figurar como elemento prediscursivo que sustenta la existencia del género. Con esto, no se pretende poner en entredicho la existencia de estructuras anatómicas, sino el que a partir de tales estructuras se elabore categorías, regulaciones, normas, sanciones y exclusiones⁹.

Bajo esta perspectiva, una categoría normativa –“sexo”– moldea los cuerpos que gobierna por medio de procesos performativos, acabando por materializarse en la anatomía humana. Si bien esta discusión aún está en curso, las posibilidades de análisis que ésta ofrece cuando se relaciona con los jóvenes, en adición a otras categorías como género, cuerpo y deseo, dan paso a un terreno fértil y apenas explorado en el estudio de las juventudes.

Este paso, sin duda, desdibujaría la concepción clásica del cuerpo juvenil como un campo de batalla hormonal; y confrontaría la noción de juventud como último punto en el que es tolerada la “ambigüedad” de los cuerpos, géneros, sexos y deseos, y que culminaría con la “definición” que otorga la adultez. Desde esta perspectiva, incluso la menstruación, el semen, el vello, la voz, el desarrollo de los senos, etcétera, cobrarían nuevos significados y dimensiones vistos por y desde los/las jóvenes.

Esta pequeña problematización demuestra que los desarrollos teóricos que articulen “sexo” y juventud, pueden brindar la posibilidad de formular novedosos objetos de estudio a partir de aspectos aún oscuros de lo juvenil contemporáneo. Y abrir la puerta a debates como: el papel del “sexo” en la conformación identitaria de los jóvenes; las relaciones de poder entre jóvenes durante el ejercicio de su sexualidad; el ejercicio de la sexualidad relacionado con el placer y el deseo y no con fines reproductivos; las relaciones entre “sexo”, juventud, clase social y etnia; las relaciones entre “sexo”, instituciones y juventud; los significados del “sexo” y el ejercicio de la sexualidad intergeneracional; “sexo”, juventud y producción cultural; ejercicios de la sexualidad y riesgo¹⁰; “sexo”, sexualidad y nuevas tecnologías¹¹; ¿cuáles son las fuentes empíricas de los discursos de los jóvenes sobre el “sexo”; espacios juveniles en el ejercicio de las sexualidades; “sexo” y sexualidad como formas de control sobre los jóvenes; “sexo”, sexualidad, juventud y género; el origen y el agenciamiento de las masculinidades y las feminidades juveniles; ¿cómo y porque comparten la juventud y el “sexo” ese carácter ambiguo al momento de su definición, al igual que esa faz de ¿“desenfreno, desacato, exceso”?; sexo, género y juventud como elementos constitutivos de los capitales sociales; género, sexo, juventud y prácticas ritualizadas contemporáneas; juventud, sexo, género y liminalidad y muchos otros temas más.

A modo de conclusión, solo resta decir que por todo lo aquí expuesto y ante tal diversidad de temas y objetos a investigar, consideramos necesarias las aproximaciones teórico-metodológicas múltiples en torno a este campo amplio y vital para el entendimiento de los jóvenes y sus juventudes contemporáneas, en el cual es muy probable que se encuentre otra clave para que los jóvenes dejen de ser considerados como la encarnación de la disonancia.

Referencias

- [1] Rosaldo, R. (1991). *Cultura y Verdad. Nueva propuesta de análisis social*. México: CNCA y Grijalbo.

⁹ Esta postura considera que la presencia de un “pene” o una “vagina” no tendrían que aportar a la construcción de los individuos, más de lo que aporta que éstos tengan uñas - por citar un ejemplo -, y si lo hacen es por su significación cultural, más que por la posesión de atributos intrínsecos.

¹⁰ Como el *bareback*, *fisting*, *giftgiving*, *bondage*, *sumisión*, *sado*, *masoquismo*.

¹¹ Cómo el Sexting que es la captura y envío de imágenes eróticas principalmente por el celular; o las páginas de voyerismo y exhibicionismo.

- [2] García Canclini, N. (2004). *Diferentes, desiguales y desconectados. Mapas de la interculturalidad*. Barcelona: Gedisa.
- [3] Wyn, J. y White, N. (1997). *Rethinking Youth*. Australia: Allen and Unwin.
- [4] Morch, S. (1996). Sobre el desarrollo y los problemas de la juventud. El surgimiento de la juventud como concepción socio-histórica en Jóvenes. *Revista de Estudios sobre Juventud*, CE, año 1, n. 1, julio-septiembre.
- [5] Levi, G. y J. C. Schmitt. (1996). *Historia de los jóvenes*. España: Taurus.
- [6] Feixa, C. (1998). *El reloj de arena. Culturas juveniles en México*. México: SEP y Causa Joven.
- [7] Bourdieu, P. (1990). La juventud no es más que una palabra. En *Sociología y cultura*. México: Grijalbo y CNCA, pp. 163-173.
- [8] Rousseau, J. J. (1978). *Emilio o de la educación*, México: Porrúa, [1762].
- [9] Gillis, J. R. (1981). *Youth and history: Tradition and change in European age relations, 1770-present*. New York: Academic Press. 250pp.
- [10] Cruz Santacruz, R. (2005). *La significación cultural del concepto de adolescencia. Aproximaciones a su estudio*. Tesis Maestría en Antropología Social, México: IIA UNAM.
- [11] Martín Criado, E. (1998). *Producir la juventud. Crítica de la sociología de la juventud*. España: Istmo.
- [12] Hall, S. G. (1915). *Adolescence: Its Psychology and its relations to Physiology, Anthropology, Sociology, Sex, Crime, Religion and Education*. N. Y.: Appleton Century Crofts, 2 volúmenes, [1904].
- [13] Pérez Islas, J. A. (2008). Juventud: un concepto en disputa, en Pérez Islas, J. A.; Valdez, M. y Suárez, M. H. coords. *Teorías sobre la juventud. La mirada de los clásicos*, México: Porrúa-UNAM, pp. 9-33.
- [14] Urteaga C. P., M. (2007). *La construcción juvenil de la realidad. Jóvenes mexicanos contemporáneos*. Tesis de Doctorado en Ciencias Antropológicas, México: UAM.
- [15] Benedict, R. (2008). "Continuidades y discontinuidades en el condicionamiento cultural" en Pérez Islas, J. A.; Valdez González, M. y Suárez Zozaya, M. H. Coord. *Teorías sobre la juventud. Las miradas de los clásicos*. México: Miguel Ángel Porrúa, pp. 35-45. (1938).
- [16] Mead, M. (1979). *Adolescencia, sexo y cultura en Samoa* Barcelona: Laia. (1928).
- [17] Hardman, C. (1973). "Can there be an anthropology of children?", en *Journal of the Anthropological Society of Oxford*, vol. 1, no. 4, pp. 85-99.
- [18] Caputo, V. (1995). Anthropology's silent 'others'. A consideration of some conceptual and methodological issues for the study of youth and children's cultures. En Amit-Talai, V. y Wulff, H. *Youth Cultures*. Nueva York: Routledge, pp. 19-42.
- [19] Bucholtz, M. (2002). "Youth and cultural practice". *Annual Reviews of Anthropology*. 31:525-552.
- [20] James, A. (1995). Talking of Children and Youth. Language, Socialization and Culture. En Amit-Talai, V. y Wulff, H. *Youth Cultures*. Nueva York: Routledge, pp. 43-62.
- [21] Eisendstat, S. (1956). *From Generation to Generation*". Nueva York: The Free Press.

- [22] Marin, M. y Muñoz, G. (2002). *Secretos de mutantes. Música y creación en las culturas juveniles*. Colombia: Siglo del Hombre Eds., Universidad Central-DIUC.
- [23] Genep, A. V. (1909). *The Rites of Passage*, London: Routledge & Kegan Paul. [1960].
- [24] Levi Strauss, C. (1986). *El pensamiento salvaje*. México: Fondo de Cultura Económica.
- [25] Turnbull, C. (1984). Elima, la danza de la vida, en *Los pigmeos, el pueblo de la selva* Barcelona: J. Vergara, pp. 193-209.
- [26] Godelier, M. (1986). La institucionalización y la legitimación de la superioridad masculina. Las iniciaciones y la segregación entre los sexos, en *La producción de grandes hombres. Poder y dominación masculina entre los baruya de Nueva Guinea*. Madrid: Akal, pp. 47-93.
- [27] Turner, V. (1979). *El proceso ritual*. España: Taurus.
- [28] Levi, G. y Schmitt, J. C. (1996). *Historia de los jóvenes*. Madrid: Taurus, vol. 1 y 2.
- [29] Monod, J. (2002). *Los barjots. Ensayo de etnología de bandas de jóvenes*. Barcelona: Ariel.
- [30] Peteet, J. (2005). Masculinidad y rituales en la resistencia en la intifada palestina. La política cultural de la violencia, en Ferrandiz, F. y Feixa, C. eds. *Jóvenes sin tregua. Culturas y políticas de la violencia*. Barcelona: Anthropos, pp. 35-59.
- [31] Abarca, H. y M. Sepúlveda. (2005). Barras bravas, pasión guerrera. Territorio, masculinidad y violencia en el fútbol chileno. Ferrandiz, F. y Feixa, C. Eds. Barcelona: Anthropos. pp.145-169.
- [32] Urteaga, C. P., M. (2004). El cuerpo juvenil como territorio cultural, en *Revista Electrónica Comunicología: indicios y conjeturas n. 2, otoño*, [En línea] Disponible en: <<http://www.revistacomunicologia.com>>, consultada: octubre 17, 2010.
- [33] Urteaga, C. P., M. (2004b). Imágenes juveniles del México Moderno. en Pérez Islas, J. A. y Urteaga Castro Pozo, M. coords. *Historias de los jóvenes en México. Su presencia en el siglo XX*. México: Instituto Mexicano de la Juventud, SEP y Archivo General de la Nación, pp. 33-89.
- [34] Laquer, T. (1994). *La construcción del sexo. Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*. Madrid, España: Cátedra.
- [35] Butler, J. 2001. *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. México: Paidós, UNAM.
- [36] Butler, J. 2002. *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del sexo*. Buenos Aires: Paidós
- [37] Valentine, J., Skelton, T. y Chambers, D. (1998). Cool places: an introduction to Youth and Youth Cultures. En Skelton, T. y Valentine, G. eds., *Cool places, geographies of youth cultures*. Londres: Routledge, pp. 1-32.